

## Mensaje al sumo Pontífice

POR INDALECIO PRIETO

A su Santidad Pío XII:

Presumo que este humilde mensaje, lanzado al viento desde las columnas en que aparece impreso, no llegará hasta las gradas de vuestro solio. Aunque, por el prodigio de la infiltración periodística, penetrara en el Vaticano, parece evidente que la indispensable y cuidadosa tamización a que son sometidas cuantas comunicaciones se os dirigen, para que sólo examínéis aquellas de verdadera trascendencia, dejará esta mía en las cribas a cargo del personal más subalterno de vuestra Secretaría de Estado.

Pero aún así, no renuncié a dirigiros, procurando se enmarque dentro del gran respeto que me merecéis, tanto por vuestra excepcional valía personal cuanto por vuestra altísima representación como jefe espiritual de cuatrocientos millones de seres humanos. Difícilmente, la Iglesia católica habrá tenido otro Pontífice más talentoso y más culto que vos, y difícilmente volverá a tenerlo. Hablo de aquello cuya apreciación estimo a mi alcance, por las pruebas que a diario daís de vuestra inteligencia y de vuestra cultura, dejando aparte otros dones que yo no puedo medir. Ya es bastante osadía la de calibrar, aunque lo hago con profunda convicción, aquellas extraordinarias prendas que tan a la vista de todos mostráis.

Alguna vez, Santo Padre, habréis oído mi nombre. Supe que años atrás un joven arquitecto mexicano, a quien recibisteis en audiencia, os suplicó que orarais por mi conversión, o reincorporación, al catolicismo, y que vos lo prometisteis. Ninguna duda abrigó de que fué cumplida tal promesa —por la cual, así como por el ruego que la suscitó, expreso aquí mi gratitud—, mas luego, y ello es natural, mi nombre debió de quedar anegado en el olvido, pues sería ilógico que el pastor siguiera acordándose de una oveja descarriada cuando sus inmensos rebaños, turbados por los fragores de tremendas tormentas, exigen cuidadosísima atención. Acaso tiempo antes, durante la guerra civil de España, mi nombre, envuelto en estruendos del asolador huracán, llegara a vuestros oídos cuando aún no ostentábais la tiara pontificia, pues el entonces cardenal Pacelli, Secretario de Estado, seguramente hubo de conocer, por referencias, a muchos actores de la descomunal tragedia.

Estos antecedentes —el de la súplica del joven arquitecto jalisciense, concertada con un anciano colega bilbaíno en la empresa de salvar mi alma, y el de lo que yo haya sonado en la turbulenta política de mi país—, importan poco o nada, pues el presente mensaje puede firmarlo cualquier español que, como yo, sufra el exilio por amar la libertad y no avenirse a la tiranía.

Os oí por primera vez, Santo Padre, hace veintidós años. Fué en octubre de 1934. Buscado por la policía como uno de los responsables de la huelga general producida en varias regiones, estaba yo oculto en Madrid, en casa amiga, y apenas concluida una carta al embajador de México, don Jenaro Estrada, dándole las gracias por su ofrecimiento de asilo y rehusándolo bajo propósito de no ocasionar incidentes diplomáticos entre dos Gobiernos hermanos, encendí un aparato de radio a fin de librarme del tedio a que mi inactividad me condenaba, y capté, sin proponérmelo, una emisión de Buenos Aires que, transmitida desde la misma orilla del Plata, describía la llegada del legado papal que iba a presidir el Congreso Eucarístico. El legado érais vos. Al poner pie en tierra, subisteis a una tribuna erigida en el muelle y desde ella pronunciasteis una arenga en castellano. La multitud os aplaudió y vitoreó frenéticamente.

A partir de entonces, y de modo muy singular desde que ascendisteis al Pontificado, he seguido atentamente vuestros actos. Si yo fuera católico, se me acusaría de pecado o de irreverencia por manifestar disconformidad con algunos de ellos: de pecado si se tratara de definiciones ex cátedra, y de irreverencia si se hicieron sin ese requisito. No siendo católico, quedo exculpado de toda acusación, con mayor motivo si mis reparos van limpios de irrespetuosidad.

He dicho varias veces, y lo repito aquí: que la Iglesia pudo haber alcanzado en España incommensurable rango si, olvidando los daños por ella sufridos y sobreponiéndose al dolor por sus mártires —también nosotros los tuvimos—, hubiera procedido con auténtica caridad en nuestra guerra civil, colocándose por encima de los dos bandos combatientes. Mas, lejos de cumplir esa sublime misión, netó de beligerante mezclándose altos jefes suyos en la conspiración previa y alentando después a los sublevados. La fotografía en que aparecían a la puerta de un templo varios obispos no bendiciendo sino saludando brazo en alto, a estilo fascista, al jefe de la insurrección, es un testimonio indestructible. Y el circunstanciado relato del carlista Lizarrza sobre la directa participación del bajo clero navarro en faenas premilitares de la sublevación, tampoco se puede desmentir.

¿Que todo eso pertenece al pasado? Bien. ¿Y el presente? Mi veterania en la vida pública me capacita para negar las reiteradísimas aseveraciones de que la Iglesia se abstiene de intervenir en política. No son necesarios rebuscamientos históricos. Basta recordar que el obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, es miembro del Consejo Nacional de Falange, o sea, uno de los directores del partido político que, con exclusividad atentatoria a una libertad elemental, funciona en España. ¿Cabe admitir que esa dirección política la asuma un prelado sin contar con aquiescencia superior en institución tan admirablemente jerarquizada como la Iglesia romana?

Por acuerdo de Su Santidad, quedó de hecho anulada la Misión de París, constituida por sacerdotes obreros, dedicados a trabajos manuales, y por decisión de Su Santidad se "legalizó" y extendió el Opus Dei que, abandonando su cuna española, ha echado a andar desembarazadamente por tierras de México, donde llegan sus avanzadas con amparo de recomendaciones gubernativas de Madrid a poderosos industriales gachupines.

Mis ojos de lego ven cierta contradicción en esas disposiciones si las inspiró el peto donde concluye la veneración. Os veneran los católicos; os respetan los creyentes de otras religiones y los incrédulos. Yo, que figuro entre estos últimos, además de respetaros, os admiro. Y conste que la declaración de mi incredulidad no envuelve jactancia. Dándome cuenta del consuelo que entraña la fe, deploro que densa nube rodee mi mente impidiendo a ésta ser iluminada por rayos de luz divina que tanto sosiego deben de dar al alma. Me refiero, claro está, a quienes se sienten verdaderamente iluminados por la fe y no a quienes fingen guiarse por resplandores ficticios.

Mi mente— dentro de esa nube cargada de misterios ultraterrenos que no sé descifrar— puede distinguir algo de lo terreno, y entre las figuras terrenales hoy acreedoras a mi admiración figuráis vos. He leído cautivadores documentos vuestros, muy dignos de incluirse en una antología pontificia y en un florilegio de literatura universal. Me asombró vuestra valentía al situaros, respecto al empleo de explosivos atómicos en contiendas bélicas y pruebas de los mismos, en una posición análoga a la de Rusia. Me impresionó vuestra clarividencia cuando, apenas planteado el conflicto de Suez, abogasteis —vuestro era indudablemente el requerimiento aparecido en "L'Osservatore Romano"— por reformar el Derecho internacional en lo relativo a comunicaciones intermarítimas, única solución lógica de tales pleitos. Y aplaudo, aunque hasta la fecha resulte ineficaz, vuestra perseverancia para mermar las injusticias sociales en forma más cabal que la patrocinada por León XIII.

Ahora estoy conmovido por el patetismo de vuestra alocución urbi et orbi del

día 10, que comenzaba diciendo: "Al dolor de nuestro corazón de padre por la iniquidad consumada en detrimento del querido pueblo húngaro, culpable de desear el respeto a los derechos humanos fundamentales, se añade nuestra ansiedad por la paz amenazada y el dolor de ver cómo se debilitan las filas de aquellos sobre cuya autoridad, unión y voluntad parecía poderse contar para el restablecimiento progresivo de la concordia entre las naciones en la justicia y la verdadera libertad".

Al mismo tiempo que se cometía la iniquidad señalada en esas elocuentes palabras, tenía lugar otra pareja en Egipto. Seguramente también ésta hacia doloer vuestro corazón, aunque la omitierais acaso por juzgarla de proporciones menores y nunca por consideraciones políticas. Pero dejando de lado esa omisión, pretendo resaltar palabras muy justas de vuestro magnífico mensaje.

"Si una autoridad pública —decís—, en la medida en que le concierne, no tratase de asegurar por lo menos la vida, la libertad y la tranquilidad de los ciudadanos —cualesquiera que sean sus otras realizaciones—, fracasaría en la sustancia misma de su objetivo. Es necesario y urgente devolver su libertad a los pueblos que de ella han sido privados. ¿Puede el mundo desinteresarse de estos hermanos y abandonarlos al destino de una degradante esclavitud? La conciencia cristiana no puede sustraerse a la obligación moral de procurar, por todos los medios previsibles, la restauración de su dignidad y devolverles la libertad... ¿Qué se estrechen pronto las filas y que se agrupen en un pacto sólido todos los que —Gobiernos y pueblos— quieren que el mundo siga el sendero del honor y de la dignidad de los hijos de Dios... ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Que este nombre inefable, fuente de todo derecho, de toda justicia, de toda libertad, resuene en los Parlamentos y en las plazas, en las casas y en las fábricas, en los labios de intelectuales y de trabajadores, en la prensa y la radio!... ¡Que Dios os anime de vuestro sopor y os aparte de la complicidad con los tiranos!..."

Decíais todo esto, según consignábais, acordándoos de Hungría. Yo, leyendo, me acordaba de Hungría, de Egipto y de España. Porque en España la autoridad no asegura la vida, la libertad y la tranquilidad de los ciudadanos. Porque en España es necesario y urgente devolverle la libertad al pueblo que de ella fué privado. Porque el mundo no puede desinteresarse de aquellos hermanos españoles y abandonarlos al destino de la degradante esclavitud que padecen. Porque la conciencia cristiana no puede sustraerse a la obligación moral de procurar la restauración de la dignidad de los habitantes de España, tan ultrajada como la dignidad de los habitantes de Hungría, y tampoco puede sustraerse al empeño de devolverles la libertad, tan aniquilada para los iberos como para los magiares. En la silla de San Pedro, sitial augustísimo, no pueden usarse distintas varas de medir. La conciencia cristiana debe sentir el mismo anhelo de libertades para toda la cristiandad e inclusive para los ajenos a ella.

En España no pueden resonar voces reclamando la libertad —atributo de Dios— ni en el Parlamento, puesto que no existe; ni en casas o fábricas, ya que lo prohíbe la tiranía; ni en la prensa y la radio, enteramente en manos de quienes demolieron la libertad y redoblan esfuerzos para impedir que se restablezca; el temor a dañosos contagios. ¿Existía el temor respecto a sacerdotes franceses que hacían vida neta de obreros y no existe en que clérigos españoles entren de lleno en la vida mundana de gentes adineradas, sin excluir sus círculos de frivolidad y vicio? Mas me doy cuenta de que esos son asuntos internos de la Iglesia, en los cuales carece de derecho a inmiscuirse quien no milita en ella.

Sin embargo, no he sido arrastrado inconscientemente hacia ciertas digresiones. Las anoto para explicar el fenómeno de que, pese a la "inflación religiosa" —frase con que dicha inflación se equipara a la fiduciaria, igualmente catastrófica—, nunca se registró en España más odiosidad contra el clero que la registrada ahora...

Vos, Padre Santo, tenéis la dicha de que allí donde se extingue vuestra aureola, es decir, en los confines del catolicismo, esa aureola no ofrece duro contraste con negros círculos de odio, sino que se prolonga, aun cuando con menos "efulgencia, en un halo formado por el ni en labios de intelectuales u obreros. aun invocando a Dios, pues por insinuar —solamente insinuar— aspiraciones de verla restablecida, están en la cárcel desde febrero último varios profesores, estudiantes y funcionarios, todos ellos católicos, sin otro delito que el de querer apartarse de la complicidad con los tiranos, conforme Su Santidad recomienda, y salir de ese sopor de donde, según la exhortación pontificia, debe Dios sacarlos a todos.

En cuanto al sólido pacto en que deben agruparse "los que quieren que el mundo siga el sendero del honor y de la dignidad de los hijos de Dios", la propuesta también me hace pensar en España. Si hemos de dar su amplio y recto sentido a dicha proposición, reconoceremos que los españoles carecen de ese honor y de esa dignidad por haberseles arrebatado el general Franco. Vuestra alocución cifra en millones "los seres humanos reducidos a la esclavitud". Entre ellos hay treinta millones de españoles, que son seres humanos. ¿Han de quedar fuera del afán liberador de la alianza reclamada?

Si así fuese, toda la fuerza moral del magnífico mensaje se habría derrumbado. Porque no cabe hacer distinciones ni entre esclavos ni entre esclavizadores. En cuanto se haga cualquier discriminación para desinteresarse de esclavos subyugados por tiranos que se titulen católicos y para proteger a éstos, la grandeza que palpita patéticamente en vuestro mensaje se habrá disipado, quedando el documento convertido en mezuquina proclama banderiza.

Es preciso devolver la libertad a los pueblos, a todos los pueblos, y dentro de los pueblos, a los hombres, a todos los hombres. Dentro de España late cada vez con mayor fuerza el ansia de libertad de los hombres. Si ese creciente anhelo cuaja en la unión de cuantos lo sienten, ¿cuál sería la actitud de la Iglesia? ¿Facilitaría la unión o la dificultaría? Si se atuviera a groseros intereses materiales, la estorbaría; si se inspira en generosos intereses espirituales, o sea, los que deben importarle, la protegería, y al protegerla comenzaría a redimirse de sus graves culpas en el actual desastroso estado de España, donde la inflación religiosa no oculta la tremenda ruina moral del país, como tampoco la inflación fiduciaria encubre la espantosa ruina económica. Por eso, quienes más tiemblan actualmente allí son el clero y la banca, perfectos conocedores de grandes simulaciones.

El mensaje que Su Santidad dirigiera al mundo el 10 de Noviembre, me arranca estos comentarios, a los cuales doy también forma de mensaje, mensaje humilde, algo así como una voz callejera que he ido copiando en el papel. Y me lo ha sugerido esta simple reflexión: España está en el mundo y de las normas generales dadas para el mundo no se puede excluir a España...

Santisimo Padre, creo no haber incurrido en irreverencias, aun cuando algunas expresiones sean rudas, con la rudeza de un lenguaje aprendido en medio de la calle, pero si hallaseis algo irreverente, estoy cierto de que sabrías perdonarlo, porque a ello os mueve vuestro indulgente corazón y hasta os lo impone el insuperable trono que ocupáis. Sin arrodillarme ante vos, pero con la cabeza inclinada y la mano puesta sobre el corazón, os saludo respetuosísimamente.

INDALECIO PRIETO